**III La Virgen María, Imagen y Madre de la Iglesia[1].**

Esta misa celebra la bondad de Dios, que amó tanto a la Iglesia que le dio a la santísima Virgen para que la contemplara como una *imagen* profética de su peregrinación en la tierra y de su gloria futura en el cielo: «(La Iglesia) admira y enaltece en ella -enseña el Concilio Vaticano II el fruto más excelso de la Redención y contempla con gozo, como en una imagen purísima, lo que ella misma, toda entera, ansía y espera» (SC 103).

La santísima Virgen, «espejo nítido de la actividad de Dios» (Antífona de comunión, cf. Sb 7, 26; cf. Antífona de entrada), ofrece a la Iglesia una imagen purísima de la perfecta discípula, de la virgen íntegra, de la esposa fiel, de la madre solícita, de la reina coronada de gloria. Por esto la liturgia celebra a la santísima Virgen como:

- *discípula perfecta en el seguimiento de Cristo*. Por ello pedimos que la Iglesia, «fijos sus ojos en ella (María), siga fielmente a Cristo» (Oración colecta) y se vaya conformando «de día en día... / según aquella imagen de Cristo, / que ya admira y ensalza en su Madre» (Oración sobre las ofrendas);

- *virgen «que resplandece por la integridad de su fe*» (Prefacio), con la que sin cesar se conforma la Iglesia, ya que «también ella es virgen, que guarda íntegra y pura la fidelidad prometida al Esposo» (LO 64);

- *«esposa, / unida a Cristo con el vínculo indisoluble del amor / y asociada a su pasión»* (Prefacio), a quien la Iglesia, «contemplándola a la luz del Verbo hecho hombre, penetra más profundamente, llena de veneración, en el supremo misterio de la encarnación y se va configurando más y más a su Esposo» (LO 65);

- «*madre, / fecunda por la acción del Espíritu Santo / y solícita por el bien de todos los hombres*» (Prefacio), de quien la Iglesia, «imitando la caridad y cumpliendo fielmente la voluntad del Padre, se convierte también ella en madre por la palabra de Dios recibida con fe, ya que por la predicación y el bautismo engendra para la vida nueva y la inmortalidad a los hijos concebidos del Espíritu Santo y nacidos de Dios» (LO 64);

- «*reina, / adornada con las joyas de las mejores virtudes, / partícipe para siempre de la gloria de su Señor» (*Prefacio), en quien «la Iglesia contempla la purísima imagen de su gloria futura» (Antífona de entrada, cf. SC 103; cf. Oración sobre las ofrendas, Prefacio).

**Liturgia de la Palabra**

a.-Apocalipsis 21, 1-5a: Vi la nueva Jerusalén, arreglada como una novia que se adorna para su esposo.

---

[1] Esta Introducción la tomo del Misal de la Virgen María I. Coeditores litúrgicos, Barcelona, 1987.

b.- Salmo responsorial: Is. 12, 2-3. 4bcd. 5-6: R.- Qué grande es en medio de ti el Santo de Israel.

c.- Evangelio según san Lucas 1, 26-38: Reinará sobre la casa de Jacob para siempre. Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según su palabra.

Comentario bíblico.

Cielo y tierra vienen a significar el universo. Juan evangelista contempla un universo nuevo, porque lo conocido desapareció (cfr. Ap.20,11). Se presenta un contraste entre lo pasado y el presente en que todo es nuevo. ¿Qué significa que el orbe y Jerusalén sean nuevos? Ya no existe el mar símbolo del caos y el mal; tampoco la muerte, llanto, clamor y dolor no existen más. Todo lo nuevo es signo que la vida triunfa sobre la muerte; el orden sobre el caos; y la luz sobre las tinieblas; la compasión sobre el llanto y el dolor. Se trasciende no la materia, sino la muerte, el sufrimiento; hay un cielo, tierra, historia y sociedad, pero sin muerte. Jerusalén es el contrapunto de Babilonia, símbolo de la ciudad idolátrica y criminal, prostituta y cabalga sobre la Bestia (cfr. Ap.17-18); Jerusalén, en cambio, es la novia y la esposa del Cordero. Mientras Babilonia corrompe a los reyes de la tierra; Jerusalén los atrae y sube a ella a entregar las riquezas de la tierra. Esta Jerusalén desciende del cielo a la tierra, se opone a Babel que quería llegar al cielo (Gn.11,1-9). Esta nueva Jerusalén representa la nueva humanidad de Dios, el nuevo pueblo, la gloria de Dios resplandece en todo lugar, Dios tiene su morada en la tierra en esta nueva comunidad. "Esta es la morada de Dios con los hombres. Pondrá su morada entre ellos y ellos serán su pueblo y él Dios - con -ellos, será su Dios" (v.3; Is.7,14; Ez.37,27). María es el gran signo (Ap.12), miembro de la Iglesia, será asunta a los cielos nuevos y la nueva tierra, glorificada en la Jerusalén celestial, como mujer-esposa del Cordero (Ap.21,1-22,5). María, redimida en la integridad de su persona, la Iglesia se alegra en saludar la primicia y la prenda de su gloria perfecta, que alcanzará a toda la humanidad como fruto de la salvación universal realizada por Cristo, Dios con nosotros. La descendencia de Eva la mujer, ha vencido a la serpiente, mediante una hija suya, la mujer llena de gracia y miembro del pueblo de Dios (Ap.12,5ss), cuyo Hijo vence a la muerte para dar vida nueva a todos los que crean en ÉL y su Madre del nuevo pueblo de Dios. Mientras peregrinamos no dejemos de escuchar: "Entonces dijo el que está sentado en el trono: «Mira que hago un mundo nuevo.» Y añadió: «Escribe: Estas son palabras ciertas y verdaderas.» (Ap.21.5).

El evangelio, nos presenta el anuncio del Ángel a María (vv. 26-33), María pregunta al Ángel y respuesta del Ángel (vv.35-37), respuesta de María (v.38). El ángel saluda a la joven María con la palabra "Salve", que traducimos por "Alégrate" (v.28). El saludo es más que un simple saludo, es más bien, una invitación a la alegría mesiánica: "¡Lanza gritos de gozo, hija de Sión, lanza clamores, Israel, alégrate y exulta de todo corazón, hija de Jerusalén! Ha retirado Yahveh las sentencias contra ti, ha alejado a tu enemigo. ¡Yahveh, Rey de Israel, está en medio de ti, no temerás ya ningún mal!" (Sof.3,14-15). A Zacarías se le había anunciado: será para ti gozo y alegría, y muchos se gozarán en su nacimiento" (Lc.1,14). La salvación

está viniendo. EL Ángel la llama “llena de gracia”, es decir, tú que estás colmada del favor divino. El Señor está contigo, viene a significar, el Señor está cerca para actuar, confiarle una misión, y estará cerca de ti para que la cumplas; el Señor te alista a su servicio para hacer aquello que quiere hacer contigo. Ante la turbación de María el Ángel le dice. “El ángel le dijo: «No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios” (v.30). No se trata de miedo, si no en el sentido de temor sacro delante de la presencia de Dios (cfr. Sof.3,16). Viene ahora el anuncio, motivo de la visita del ángel: “Vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús.” (v.31). Se cumple lo anunciado por e profeta: “He aquí que una virgen concebirá un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel” (Is.7,14). Lucas, insiste en el rol de María, recupera la confesión de la Iglesia. María da el nombre a Jesús, como la Iglesia confiesa el Nombre de Salvador (cfr. Gn.4,25; Lc.1,60; Hch.1,12). Continua el Ángel: “El será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin” (vv.32-33). Estas palabras rememoran al libre de Samuel: “El constituirá una casa para mi Nombre y yo consolidaré el trono de su realeza para siempre. Yo seré para él padre y él será para mí hijo.” (2Sam.7,13-14). María, pide como se podrá conciliar con su propósito de virginidad: “María respondió al ángel: “¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?” (v.34). María, pide ser iluminada sobre el cómo de su misión (Gn.15,8; Jc.6,15). El Ángel explica: “El ángel le respondió: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios.” (v.35). Se evoca la nube que acompañó a Israel: “La Nube cubrió entonces la Tienda del Encuentro y la gloria de Yahveh llenó la Morada.” (Ex.40,34; cfr. Ex.24,16; 25,8;1Re.8,10-11; Nm.9,18.22). Lo que Dios pide a María no es sólo acoger una palabra venida del cielo, que debe ser para ella “espíritu y vida” (Jn.6,63); se le pide de recibir en ella, en un modo singular a Aquel que es la Palabra de Dios, Aquel que es generado por el Padre antes de todos los siglos. Ella “lo concebirá en su seno” será su madre en el verdadero sentido de la palabra. En la fe, María acoge Aquel que es la Palabra. Su respuesta es un Sí personal, humilde y libre, a quien le pide una adhesión lúcida y consciente: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra” (v.38). Con su “fiat”, María se convierte en mediadora de la Encarnación. Es mucho más que tabernáculo en que se operará la unión entre el Verbo divino y la naturaleza humana: es con el ser físico y personal de María que la humanidad entera dan a Dios la posibilidad de hacerse hombre. Todo aquello que hay de humano en Cristo procede de María. En Ella se reúne todo lo creado para dar su mejor de fruto. María, concibe al Salvador como su propio hijo, pero lo concibe para la salvación de los hombres, para el Reino de Dios, del cual Ella es la primera beneficiara. La colaboración de María, su parte activa, en la concepción del Hijo de Dios que se hace hombre sea una colaboración a la redención del genero humano. Recibir un hijo de parte de Dios significará para Ella, dar este Hijo al mundo. Con su libre aceptación de la maternidad de Aquel que ya es la Cabeza del género humano, María es fundamentalmente la Madre de la humanidad redimida. De este modo, queda claro que la tarea de María en la economía de la salvación emerge sus raíces en el fíat de la Anunciación.

S. Isabel de la Trinidad, carmelita descalza, mística del nuevo continente de la interioridad, escribía el 8 de diciembre de 1897 escribe esta poesía a María Inmaculada:

- “Oh, consérvame siempre casta y pura, libre de toda mancha. Vela sobre mi frágil corazón, para que agrade siempre al Salvador.

- Haz que sea un jardín en soledad, donde Jesús descanse, que venga a visitarlo con frecuencia, y pueda en él morar.

- Quiero que Él sea su único Señor, su Esposo y fiel Amigo y de su amor cautivo, haga en él su morada.

- Siempre mi corazón está con ÉL, siempre está recordando, noche y día, al Esposo, al Amigo celestial, a quien quisiera demostrar su amor.

- Hacia Él se eleva mi único deseo; No quiero morir, quiero padecer, padecer por Dios dándole la vida, y rogar por los pobres pecadores.

- Este es mi santo anhelo. Desde aquella inmortal y santa patria, oh mi Virgen bendita, dulce Madre, vela sobre mi frágil corazón.

- Si, consérvalo siempre casto y puro, libre de toda mancha para así complacer al Salvador.” (Poesía 43).

P. Julio González C.

Pastoral de Espiritualidad Carmelitana.

Página Web de la Parroquia Virgen del Carmen: www.carmelitasviña.cl.